

## CAPITULO XV.

## DE LOS ENFERMOS DE ESPIRITU.

Entendemos por *enfermos de espíritu* aquellos desgraciados que, no siéndolo por falta de medios materiales, se extravían sin corrección ó sufren sin consuelo.

Desde luego se comprende lo difícil de socorrer á esta clase de desdichados, y que no todas las personas serán aptas para llevarles socorro. La primera dificultad consiste en saber donde están: los otros infelices nos buscan: á estos necesitamos buscarlos. Un gesto, una palabra, una lágrima, un rostro que se enciende ó palidece, revelan á veces un dolor oculto, que nadie sospecha ni consuela. Por regla general, en todas esas criaturas que el mundo llama *raras, extravagantes, escéntricas ó locas*, hay siempre algun gran extravío ó algun gran dolor: tal vez las dos cosas. Acercuémonos á estos pobres seres, que el mundo rele-

ga moralmente con una desdeñosa sonrisa; acerquémonos, y veremos con asombro grandes errores, grandes virtudes y grandes desdichas en aquellas misteriosas existencias, especie de cavernas, en donde nadie encendió luz.

Para acercarse al enfermo de espíritu suele haber dos dificultades; material una, moral otra: de la primera se triunfa con arte, de la segunda con caridad. Se buscan relaciones, y se espía el momento propicio en que poder dirigirse al pobre sin violencia. Nunca será excesivo el cuidado que pongamos para que nuestras primeras relaciones parezcan naturales; y mas bien hijas del acaso que de ningun cálculo por nuestra parte. El enfermo de espíritu está, por regla general, poco dispuesto á creer que sus males tienen remedio, y mira con cierta prevención al que se acerca á él con el objeto de curarle. El amor propio es tan monstruoso y tan irresistible en sus exigencias, que hostiliza aun á los que nos traen consuelo, por ver una especie de humillacion en que otro nos alcance un bien, que no pudimos

hallar solos: no olvidemos que en la clase á que, por lo comun, pertenece el enfermo de espíritu, el amor propio es mucho mas susceptible que en el pobre vulgar. No obstante, hay momentos solemnes en que enmudece: si nos acercamos á nuestro infeliz en uno de esos momentos, cuando un sentimiento profundo ó una gran pasion le agita fuertemente, entónces podemos ir derechos al corazon, sin necesidad de los rodeos que los hábitos, las preocupaciones, el carácter y el amor propio hacen necesarios.

El obstáculo moral que hallamos al acercarnos al triste, está en su reserva, en su retrainamiento, en su hábito de sufrir solo, en su suspicacia, ó cuando menos, en la desconfianza con que nós mira. Hay casos en que estos obstáculos parecerán insuperables, en que tendremos por imposible hallar medio alguno de ganar la confianza de nuestro desventurado. No nos desalentemos. Hay un camino seguro para llegar á todo corazon que padece, y este camino es el amor. ¡Sufrimos tanto cuando sufrimos solos! La soledad del corazon es tan desconsolada, que

á pesar de todos los hábitos, de todos los propósitos, de todas las apariencias, bien pronto bendecimos en el fondo de nuestra alma al que nos desea paz y nos procura consuelo.

A veces el dolor tiene una especie de fanatismo, y parece que se complace en creerse incurable y eterno; pero en realidad, el corazon recibe el consuelo como los ojos la luz; enfermos se cierran á ella, pero su tendencia irresistible es á mirarla.

Al manifestar lo que entendemos por enfermos de espíritu, hemos dicho: «LOS DESGRACIADOS que no siéndolo por falta de medios materiales, etc.» ¿Y por qué decimos los *desgraciados*? ¿No hay dichosos que se extravían, que se precipitan, y se hallan con necesidad de nuestra direccion y consejo? Seguramente; mas por regla general la felicidad escucha mal las amonestaciones de la prudencia; es demasiado ciega, sobrado arrogante para ver precipicios bajo las flores que cubren su camino, ni razon donde no hay alegría: ella posee la ciencia de gozar, y desdeña todas las otras.

El dichoso no escucha; pero hay pocos dichosos y por poco tiempo. Como la ventura enerva, el venturoso es débil, y cae por tierra al primer golpe de la desgracia. ¿Qué se hizo su brillo, su arrogancia, su infalibilidad? Al primer choque con el dolor se desvanecieron como esos globos de espuma de jabon que hacen los niños, y que no resisten el contacto de ningun cuerpo duro. Cuando queramos corregir á un hombre, esperemos á que sufra: no es probable que tengamos que esperar mucho tiempo.

El enfermo de espíritu puede verse reducido á su triste estado, por errores del entendimiento, por extravíos de sus pasiones, por la vehemencia de su corazon.

Exige mucha perseverancia rectificar los errores cuando se han convertido en hábitos, como generalmente sucede en las personas de que tratamos. Solas viven, solas sufren, solas deliran, y el error en la soledad crea mónstruos, como el miedo en las tinieblas. En muchos casos nos parecerá que un hombre está loco, y no es sino que ha vivido solo.

En toda aberracion del entendimiento, que produce la desgracia del que la tiene, hay siempre una idea, que se presenta con mas frecuencia y con mas fuerza; una idea mas ó ménos fija, y otras que la han precedido, que la siguen, sirviéndole como de compañeras y auxiliares.

Podrá suceder que nuestras ideas y las de nuestro afligido no coincidan, que lo veamos todo de distinta manera: guardémosnos de revelarle este antagonismo, porque si él nota que no convenimos con él en nada, tendrá por muy razonable no convenir con nosotros en ninguna cosa. Callemos nuestra opinion alguna vez; aparentemos ser de la suya en cosas de poca importancia; no vayamos á contradecir todo lo que no aprobamos, sino por el contrario, ataquemos los errores uno á uno, sin querer rectificar el que está delante si no hemos extirpado de raíz el de atrás. La contradiccion sobre muchas ideas á la vez, por suave que sea en la forma y razonada en el fondo, aparece casi siempre como un ataque, y mas bien que de corregirse da la idea de defenderse.

Hemos dicho ya que en el enfermo de espíritu extraviado por errores, hay casi siempre una idea culminante, una idea mas ó ménos fija, causa principal de su malestar: lo mas natural parece combatir desde luego esta idea, pero no es lo mas prudente. Debemos rectificar antes otras, á que nuestro infeliz dará ménos importancia y sostendrá con ménos empeño, ya porque en materia de obstáculos es cuerdo empezar venciendo los mas débiles, ya porque quien se ha extraviado solo durante mucho tiempo, necesita adquirir el hábito de ceder, de deferir á la opinion de otro; hábito que podrá contraer cediendo en cosas pequeñas, y contribuirá á que se obstine menos en las de mas importancia.

Procuremos también no incurrir en el error, muy comun, de exigir del hombre mas razon de la que tiene, y pretender que sea todo lógica y consecuencia, cuando lleva en sí tantos elementos de desconcierto y contradicción. El que es desgraciado porque se equivoca, necesita guía y luz para su entendimiento: démosela hasta donde nos sea

posible; pero teniendo siempre á la vista, primero su desgracia, su error despues. Esto nos hará mas pacientes, y mas ingeniosos para hallar medios de convencer: la razon aprende muchas cosas que solo el corazon enseña.

¿Qué pondremos enfrente del error al infeliz que se extravía? ¿Llevaremos la verdad? ¿Bastará que la vea para que la comprenda y la reciba? Tal vez le deslumbre su brillo; tal vez lastime dolorosamente sus ojos, no acostumbrados á tan vivo resplandor; tal vez los aparte con terror y con pena, no imaginando que el bien pueda venir bajo una apariencia tan desoladora. Al que está muy fuera de razon hay que irsela dando en muy cortas dosis, y una idea fija se combate mal con argumentos, por mas concluyentes que sean. El hombre es un compuesto de facultades, de aptitudes diversas, y su atencion y su sensibilidad tienen como una medida, de tal modo que, aplicadas con mucha fuerza en un sentido, aparecen debilitadas en otro. Al que es víctima de una idea fija y errónea, que le hace desgraciado,

no empecemos por contradecirle; no intentemos probarle que lo que piensa es absurdo, sino procurar que piense en otra cosa: en vez de confundirle, distraigámosle. Nuestro primer cuidado no ha ser que reconozca como absurdo su pensamiento, sin que se entregue menos á él. La verdadera fuerza de una idea está, no en lo que vale, sino en la atención que se le presta: disminuíd esa atención, y en el mismo grado disminuye el daño que os causa.

Estudíemos las facultades, las inclinaciones de nuestro enfermo, y procuremos poner en ejercicio aquella ó aquellas mas marcadas, de modo que su acción venga á servir de contrapeso á la actividad excesiva de su idea dominante. Si nuestro afligido es vano, toleremos su vanidad: si orgulloso, su orgullo: si tuvo en otro tiempo deseo de adquirir, hablémosle de especulaciones, ó de ciencias ó de artes, si para ellas tiene alguna aptitud: sobre todo, leamos bien en su historia, en la de su corazón, para hallar en sus afectos un medio de corregir sus extravíos mentales. Los afectos, las facultades,

las inclinaciones es raro que se aniquilen, por mas sacudimientos que experimente nuestro ser moral: mas bien que desaparecen, duermen en el fondo de nuestra alma, y es necesario despertarlas para restablecer la armonía, turbada por la preponderancia de una idea errónea. Debemos repetirlo: nuestro principal medio no consiste en presentar argumentos concluyentes, sino en reducir á la inacción aquella parte de la inteligencia, que extraviándose nos mortifica. Si nuestro enfermo, en vez de entregarse doce horas á su idea dominante, se entrega once y media, ha dado ya un paso para su curación.

Cuando la paz del alma está alterada por alguna ardiente pasión, tenemos que combatir un enemigo tan poderoso, tan terrible, que á su vista, la primera idea que nos asalta es la de nuestra impotencia, y nuestra primera resolución la de abandonar el desdichado á su propia suerte. ¿Qué somos y que valemos para luchar con ese poder irresistible, que se llama pasión, con ese monstruo cuya fuerza no podemos apreciar, cu-

ya forma no podemos comprender, que nos aterra con su rugido y nos atrae con un halago, á quien atribuimos un origen infernal en sus delirios, y que en sus momentos sublimes parece venida del cielo? ¿Luchar con ese gigante no es querer abarcar el espacio en nuestra débil mano, ó medir el infinito?

No nos desalentemos por desoladoras apariencias. Todo en el hombre es limitado, efímero: el que se agita á impulsos de alguna pasion poderosa necesita comer y dormir, y ningun grande sufrimiento físico ó moral existe sin intermitencias.

En el hombre apasionado que sufre, hay la pasion y el dolor, la causa y el efecto. No tengamos la insensata arrogancia de empear combatiendo la causa; dirijamos nuestros esfuerzos á disminuir el efecto, y prescindiendo del insensato que se extravía, pensemos en el mísero que padece. La pasion es sorda, pero el dolor escucha; hablémosle el lenguaje de la compasion, único que comprende, y nuestras palabras hallarán eco.  
¿Qué hacemos con un herido? Curarle

primeramente, sin averiguar si se halla en aquel estado por culpa suya. Con el hombre apasionado debemos hacer lo mismo? debemos darle muchos consuelos ántes de aventurar el primer consejo. No nos ocurra nunca la idea insensata de combatir la pasion de frente y con razonamientos y lógica; cuando á un hombre apasionado le decimos, y aún le probamos, que es detestable lo que adora é imposible lo que pretende, podemos estar seguros de excitar su cólera ó su desprecio. La pasion, como todo lo que tiene una gran fuerza, se cree infalible: nada mas inútil que argumentar contra ella.

Antes de combatir los funestos efectos de las pasiones, fijémonos bien en la causa, sepamos bien lo que es pasion. Pasion es la necesidad imperiosa del objeto que la inspira; es la acumulacion de todas las fuerzas del alma para conseguir este objeto. La pasion no es una especie de mónstruo, como tal vez imaginamos; su deformidad está en su violencia. Todo afecto, toda inclinacion, todo deseo, puede llegar á ser pasion, y las pasiones, aunque nos parezca que nacen gi-

gantes, porque realmente lo son cuando las notamos, tuvieron un momento en que fueron afectos, inclinaciones, deseos moderados. Conviene tener esto presente para no hacer *apasionado* sinónimo de *insensato*, ni creer que el hombre que delira en un sentido no escucha razon en nada.

Hay naturalezas volcánicas, que tienden á trasformar en pasiones todos los afectos y los deseos todos. En ellas es posible combatir una pasión con otra, sustituyéndola con alguna menos perjudicial; tal vez con alguna útil. Querer llevar la calma á estas organizaciones es un delirio, y mas de una vez la inacción forzada produce en ellas movimientos convulsivos, desórdenes irreparables. Dejemos que la persona vehemente sienta, sufra y obre con vehemencia; procuremos enderezarla hácia el bien, sin intentar que vaya con movimientos acompasados; esta exigencia nuestra bastaria tal vez para arrojarla del buen camino, solo para buscar otro, por donde pudiera marchar mas aprisa: en las naturalezas apasionadas, la pretension de contener es el medio seguro de no dirigir.

¡Cuantos hombres se lanzan al vicio, al crimen tal vez, por no haber tenido quien dirigiese su energía por vías menos fatales!

Un triste es tanto mas fácil de consolar, cuanto sus facultades son mas variadas y mas numerosos sus afectos. La pasión que le aflige puede hallar moderadores en el cariño que le conmueve, en el triunfo de amor propio que le halaga, en el trabajo que le ocupa, en la contrariedad que le irrita. Nuestro estudio principal debe consistir en buscar ocasiones en que se ejerciten los afectos ó las facultades, que pueden servir de correctivo á la pasión que extravía.

Hay personas cuyo ser moral é intelectual parece limitado á un afecto, á una facultad. Estas personas son muy difíciles de consolar en sus dolores, y de corregir en sus extravíos: cuando un pensamiento las domina, en vano buscamos otro que oponerles. Estas organizaciones ofrecen dificultades insuperables, y de ellas salen los monomaniacos y los dementes: por fortuna no son muy numerosas; pero si nos hallamos en frente de alguna, no deduzcamos la ineficacia de nues-

tros medios de la inutilidad de nuestros esfuerzos, ni el mal éxito de nuestra tentativa nos desaliente para hacer otra.

Si nuestra mision es difícil para con el error y la pasion, ante el dolor no es mas fácil. ¿Quién es capaz de clasificar los dolores, aunque emplease en este trabajo la vida entera? ¿No son casi infinitos por su número, é imposibles de estudiar por su variedad? ¿Cada persona que sufre, no parece afligida por un dolor diferente? A primera vista las diferencias asustan, quitan la esperanza de poder formar alguna idea general del dolor; pero á medida que se profundiza un poco, á través de las diferencias se hallan las semejanzas. El dolor tiene sus criaturas excepcionales, que padecen penas sin nombre, suyas nada mas, y fuera de todas las reglas que da la limitada inteligencia humana; pero la generalidad de los tristes puede clasificarse, y si no en la forma, en la esencia, los que pertenecen al mismo grupo sufren de una manera parecida.

Lo primero que debemos investigar es el origen del dolor para que busquemos consue-

lo. El dolor puede tener su origen en los malos instintos, en las nobles facultades, en los tiernos afectos. En el primer caso el dolor es una enfermedad del alma, comparable á esas corporales que dan asco; en los otros, diríase que es como un mérito, como una virtud; á veces parece que diviniza al desdichado que aflige.

El dolor que tiene su origen en los malos instintos, es una falta cuando menos, y en este caso no es posible consolar sin corregir. Necesitamos vencer cierta repugnancia para acercarnos amorosamente á la criatura cuya desgracia es efecto de la envidia, de la soberbia, de la codicia, de una ambicion insensata, etc. etc.; pero no debemos abandonar una dolencia del alma porque nos inspire repulsion, como no estaria bien dejar sin curar una llaga porque nos dé asco. Ante un desgraciado culpable pensemos en que no hay nada mas difícil que apreciar con exactitud el grado de culpabilidad de una persona. ¿Dispone nadie del temperamento que le ha cabido en suerte, de la educacion que recibe, de la

moralidad y carácter de sus padres y amigos, de la época en que vive, de su posición social, de las circunstancias todas que le rodean, y que tanto influyen en sus ideas y en sus acciones? ¡Cuántas influencias recibe el niño y el joven antes que él pueda influir eficazmente en su propio destino! ¡Qué de obstáculos no opone á veces la suerte al mejor deseo! ¡Qué combinaciones tan fatales no nos envuelven, formando una especie de laberinto, de donde es muy difícil salir sin pecado! En el infeliz culpable hay una cosa positiva, la desgracia; en cuanto á la culpa, ¿quién sabe si no lo será á los ojos de Dios? y en todo caso ¿quien es capaz de apreciarla exactamente? Si hemos meditado en lo imperfectos que son los medios que tenemos para juzgar, comprenderemos que es punto menos que imposible calificar una falta, sin perjudicar ó favorecer á la persona que la ha cometido. En caso de duda favorezcamos, porque la injusticia, siempre mala, es horrible ejercida contra un desdichado.

Por mas benévola que sea la disposición

de nuestro espíritu, no debemos disimularnos las dificultades que tendremos que vencer. En igualdad de energía, un dolor es tanto mas difícil de consolar, cuanto su origen es menos noble: los dolores egoistas tienen todos algo de acre, que opone al consuelo una tenaz resistencia. El avaro, que no puede resignarse con la pérdida de su tesoro; el envidioso, que sufre al ver la prosperidad del que aborrece; el sensual, que suspira por goces que no puede alcanzar, tienen en su extravío un aplomo desdeñoso que es preciso desconcertar.

Debemos hacer comprender á nuestro enfermo que todas las consideraciones que con él tenemos se las debe á su desgracia; que en cuanto á su razon, se halla miserablemente extraviada, y que no es infeliz sino por haber buscado la felicidad donde no puede hallarla nadie. Veamos de estimular sus afectos benévolos, de dar expansion á su ánimo contraído, de hacerle ver el egoismo en otro con todas sus deformidades y amarguras, asegurándole, como es cierto, que el que no piensa mas que en sí no pue-

de ser querido de nadie, y que el que de nadie es querido, acaba por ser infeliz. Ofrecámosle el cuadro de la alegría y de la ventura, cifrada siempre en los sentimientos expansivos y benévolos, y cómo parece que Dios no se digna conceder nada al que lo quiere para sí todo. No nos será difícil presentarle ejemplos prácticos de esta verdad, y cuadros sombríos del egoísmo puesto en acción, hallando en el mundo la hostilidad, el desprecio que merece, y cuyo resultado es la desgracia del egoísta. No nos será difícil tampoco probar que, si hay hombres que se elevan y prosperan materialmente por sus malas cualidades, no hay ninguno que tenga goces y satisfacciones que merezcan este nombre, sino por sus afectos benévolos. Las supuestas venturas, cuyo origen está en la satisfacción de los sentimientos egoístas, tienen siempre algo de sombrío y de agitado, mucho de incompleto; en fin, no son venturas.

Hemos dicho que la razón y la lógica luchan mal con el hábito y las pasiones; pero en el caso que nos ocupa, es preciso ra-

zonar hasta donde pueda seguirnos la inteligencia del paciente; y esto por dos razones: la primera, porque el egoísmo que pesa, ó mide y calcula, lleva al dolor que causa, esos hábitos de cálculo que escuchan y el pró y el contra de las resoluciones, y las ventajas y los inconvenientes de una línea de conducta: la segunda, porque estas naturalezas egoístas son generalmente pobres, si se nos permite esta expresión; tienen pocos recursos, pocos resortes que podamos tocar con buen éxito, para neutralizar la preponderancia de un instinto que extravía. Sin embargo, no hay que renunciar á este medio eficaz, sino despues de habernos cerciorado de que no es posible emplearle: debemos estudiar siempre cuidadosamente las facultades é inclinaciones de nuestro afligido, para oponer las que pueden aliviarle á las que le hacen infeliz.

Hé aquí una criatura sola, desdichada, que sufre porque es buena, ó porque es grande. ¡Qué espectáculo! ¡Qué amargura ver convertidas las mas nobles facultades del alma, los mas tiernos afectos del

corazon en manantiales de lágrimas! ¡Qué terrible nos parece el misterio que hace brotar el dolor de un alma generosa, de un corazon amante! En presencia de aquella amargura tan profunda, tan inmensa, quedamos como anonadados. ¡Qué son nuestras débiles fuerzas para oponerlas al irresistible poder de una desventura sin remedio? ¡Qué es nuestra razon ante aquel desconsuelo, nuestra palabra á vista de aquellos gemidos? Y luego, nosotros, cristianos, hemos divinizado el dolor, le adoramos en los altares, personificado en la bendita entre todas las mugeres, en la triste entre las tristes, en esa divina Madre que tiene una lágrima eternamente suspendida, y un corazon atravezado por la espada del desconsuelo.

A nosotros, cristianos, la criatura que se aflige por no haber podido realizar alguna cosa grande, que suspira por haber sido vilmente defraudada en sus mas dulces esperanzas, que gime junto á un lecho de dolor ó llora sobre una tumba, nos parece sublime, nos inspira respeto: al acercarnos á ella, creemos oir una voz de arriba que nos

dice: — ¡Detente, profano! — La suposicion de que pueda sentir menos, se nos figura como una calumnia, como una impiedad; el dolor la diviniza, consolarla ¿no seria envilecerla? ¡Oh, no! El dolor profundo, cuyo origen está en los nobles sentimientos, imprime carácter. Llegad á los que aflige, no hayais miedo que se degraden; siempre conservarán algo de sagrado estos ungidos de la desgracia; consoladlos sin temor: por mas que hagais, nunca serán vulgares ni dichosos.

Los grandes dolores que se apoderan de todas las facultades del alma, que pueden confesarse sin rubor y razonarse á sangre fria, fascinan como todo lo grande, y nuestro primer sentimiento es de impotencia: pero las naturalezas capaces de sentirlos son, por lo comun, ricas en facultades, y la misma impresionabilidad que las predispone á la aficcion, las hace sensibles al consuelo. Un corazon generoso y amante no puede ser insensible á nuestra sollicitud, á nuestra constancia, á nuestro deseo de su bien, á nuestras lágrimas: agradecerá nuestro cariño, y la gratitud es el primer síntoma

de alivio, la primera forma de la resignacion. Hablamos de lágrimas y de cariño, porque el que no siente y no ama, no puede consolar. ¿Mas quién no ama y no compadece á la noble criatura atribulada por un santo y profundo dolor?

No pronunciemos nunca la palabra *consuelo* delante de una gran pena; pareceria un insulto, una impiedad: el verdadero afligido se identifica con su dolor, y le acaricia y le ama. Encareced con él las excelencias del objeto cuya pérdida le hace desdichado; convenid en lo irreparable de su desgracia; mostraos convencidos de que ya no hay bien posible para él sobre la tierra. Aquel gran pensamiento frustrado, aquella defraudada esperanza, aquella tumba querida, han sepultado para siempre la dicha de nuestro afligido. Lloremos con él, deliremos con él, no le contradigamos en nada, y cuando intente alguna cosa contra su vida ó su salud, no hagamos valer nuestra razon, sino nuestra pena: él hará por nosotros lo que no haría por sí mismo; el que por sentimiento se aparta de la razon, por sentimiento vuelve á ella.

Al hablar con nuestro desdichado, las primeras palabras que aventuremos, que no se refieran á su pena, deben ser el relato de algun gran desastre, el comentario de alguna grande desventura; es la única cosa que está dispuesto á escuchar. En la exaltacion del dolor, es frecuente sentir una horrible complacencia ante el espectáculo de los grandes desastres. Yo no he podido realizar un grande y generoso pensamiento; que nadie realice ninguno: la sociedad ha sido injusta conmigo; que lo sea con todos: he perdido el objeto de mi amor; que perezca el género humano. Cuando una persona afectuosa siente así, guardémosla de pensar que se ha depravado; compadezcámosla en vez de acusarla: su extravío nos da la triste y exacta medida de su dolor.

Con nuestros lúgubres relatos lograremos sacar un poco de sí á nuestro afligido; empezaremos á romper el fatal hábito de no apartar de su pensamiento la idea que le abrumba. Este periodo de amargura acre, de complacencia terrible ante el espectáculo de las ajenas desgracias, dura mas ó me-

nos, segun muchas circunstancias imposibles de señalar, pero tiene un término: y ¡ay del afligido si no le tuviese, porque perderia el juicio! no hay cabeza que resista por mucho tiempo la tension que supone el estado de que vamos hablando. Cambia al fin: el triste no puede ocuparse mas que de penas, pero empieza á compadecerlas; la compasion hácia los males de otro es un síntoma infalible de alivio: el dolor supremo no compadece; es la única situacion en que el hombre es grande no ocupándose mas que de sí mismo. Cuando el triste entra en esta segunda fase de su dolencia, es ya posible estudiarle é ir formando alguna idea de su carácter, sentimientos y facultades. Estudiémosle cuanto nos sea posible, á fin de ver qué nuevo curso debe darse á aquella existencia, que ya no puede seguir el que seguia: veamos qué objeto pueden tener sus afectos, qué direccion sus facultades; pero no le propongamos ningun cambio en forma de consejo, ni por su bien, sino en forma de ruego, y por el bien de otro. La pena tiene su pudor, respetémosle. Para el

que despues de una gran desgracia vuelve á la vida del alma, puede decirse que hay como una especie de resurreccion dolorosa. Cada paso que da el triste fuera de aquel recinto en que sufrió los primeros accesos de su pena, le produce un terrible sacudimiento. La primera vez que sale de su aposento, que baja la escalera; la primera vez que pisa la calle, que sube en un carruaje; la primera vez que entra en un templo, que ve el campo, que oye una melodía, todos los objetos que no ha visto, todas las sensaciones que no ha experimentado desde que es infeliz, son otros tantos dardos que vienen á desgarrar su corazon. Y aquel mundo que sigue indiferente el curso de los sucesos, y progresa y brilla; y aquella naturaleza impassible, que se viste de verdura y tiene flores y frutos, lo mismo que cuando él poseia el bien que llora perdido, llevan al alma amarguras sin número y sin nombre. Estemos prevenidos contra estas sensaciones, no para evitarlas, porque eso es imposible, sino á fin de neutralizarlas algo: el haberlas previsto, es mucho; el que adivina, consuela. Habi-

tuado nuestro triste á vivir identificándose con una idea ó con una persona, tiene que hacer el doloroso aprendizaje de vivir solo, de colocar en sí el centro de sus pensamientos y de sus acciones, que tenia en otra parte. Procuremos dulcificar la amargura de este cáliz; saquemos al infeliz de sí mismo, haciéndole ver la importancia de sus resoluciones. Esta importancia no es imaginaria; la persona que siente así, cualquiera que sea su posición, puede hacer mucho bien, si sabe dirigirse ó halla quien la dirija. A veces nos afligirá ver las recaídas de un corazón que creímos convaleciente: no nos desalentemos; el dolor baja como la marea, con oleadas que suben de continuo.

No hay para qué insistir en que los tristes, de que vamos hablando, no son esos desgraciados vulgares cuyos efímeros dolores en breve consuela el tiempo; ni que al hablar de soledad entendemos la material, porque hay enfermos de espíritu muy acompañados materialmente, y cuyo corazón está muy solo.

No hemos hablado de los consuelos de la religion, tan eficaces en los grandes dolores.

Si nuestro afligido es religioso, él se volverá á Dios en su tribulacion: y si vemos que se aparta algo, no intentemos llevarle por esos medios vulgares, tan propios para impacientar al que intentan corregir, ni nos escandalicemos de las blasfemias del atribulado. ¿Por ventura el dolor no hace delirar como la fiebre? En vez de exhortar al afligido á que rece, pongámonos en oracion; en vez de dirigirle largas pláticas, procuremos colocarle en medio de esas escenas que conmueven el corazón y le vuelven á Dios. En cuanto al desdichado irreligioso, ni en lo acerbo de su dolor es ocasion de convertirle, ni la falta de creencia debe ser motivo para abandonarle. ¿Qué caridad seria la nuestra si abandonase á un infeliz porque tiene una desgracia mas?

Para auxiliar á un enfermo de espíritu se necesita mucha bondad, mucho trabajo, mucha perseverancia. ¿Quién no se detiene ante la perspectiva de tantos esfuerzos, cuyo éxito, tal vez dudoso, no será nunca brillante? Pero en nuestros momentos de amargura debe ser muy dulce el recuerdo de

un atribulado que arrancamos á la desesperacion; y en el dia de la justicia, tal vez se incline la balanza del Supremo Juez en favor del que pueda decir con verdad: — Señor, yo he consolado á un triste.

### CONCLUSION.

Mis últimas palabras no se dirigen al visitador del pobre: él sabe por experiencia cuántas lecciones se reciben, cuántos consuelos se hallan en la práctica de la caridad; no hay que recomendársela: como la conocé, la ama. Si la casualidad lleva este libro á manos de una persona que no ha visto nunca de cerca los dolores del pobre; si no le arroja desdeñosamente; si lee con interés alguna de sus páginas, la autora, en premio de las lágrimas que ha vertido al escribirlas, le pide una buena accion: que se acerque una sola vez á donde gime la desgracia; al hospital, al hospicio, á la cárcel, á casa

del pobre. ¡Oh tú, quien quiera que seas, hombre ó mujer de corazón, donde el mio ha encontrado algun eco: ven, ven, entra, no pases por Dios por delante de la puerta de ese desdichado sin entrar! ¡Si supieras qué fácil y qué dulce es hacer bien! ¡Si supieras con qué poco esfuerzo podias dar la libertad á aquel inocente encarcelado, salvar la vida á aquel pobre niño que muere por falta de alimento, guiar al que se extravía, fortalecer el ánimo del que decae, dar esperanza al que la ha perdido y consuelo al que no tenia ninguno! ¡Si supieras cuántos hay por tierra, porque no tienen quien les alargue la mano; cuántos enfermos de cuerpo ó de alma, porque, como el de los libros santos, no pueden ir en busca del agua que dá la salud, ni han hallado quien los lleve! Entra, entra. Aprende á ser bueno, y á ser feliz; y á ser desgraciado. Lloro alguna de esas lágrimas santas que arranca el dolor ageno: de esas lágrimas, que cayendo sobre el corazón, le consuelan si sufre, y si está manchado le purifican. Completa tu felicidad con esa celeste alegría que Dios reser-

va á los que hacen bien. Sobrelleva paciente tu desgracia, viendo la resignacion del que sufre mas que tú. Entra, entra. Aprénde á conocerte, no te calumnies; tú vales mas que imaginas, tú eres mejor de lo que pensabas. Por ignorancia, por ligereza te colocaste entre los miserables; y ya lo ves, en tu corazon hay un tesoro. ¡Tu corazon! ¿Y es completamente dichoso el corazon tuyo? ¿No le atormenta, no le aflige ninguno de tantos dolores como pueden apenarle? Si no ha sufrido, si no sufre, sufrirá: esa es la ley, y para sus heridas ¡qué bálsamo tan prodigioso podrias hallar en la caridad! Aspiraciones imposibles de alcanzar, deseos que no pueden realizarse, vacíos que nada llena, dolores en todos los grados, bajo todas las formas, que escarnecen la razon, que no escuchan la fé, que rechazan la esperanza, han hallado en la caridad dulce consuelo. Si comunicaras con los desdichados en tus penas y en tus prosperidades, tus dolores serian menos acerbos, y tus alegrías menos incompletas. Si no tienes una mirada piadosa que dirigir al desvalido, ni le ofreces una mano

amiga, si eres desdichado; corres peligro de desesperarte, y si dichoso, de envilecerte. Sé bueno en la prosperidad, para que Dios te la bendiga, y no sea maldita entre los hombres: sé bueno en la desgracia, para quitarle lo que tiene de mas acerbo; y cuando tus oidos estén sordos al consejo y al consuelo; que penetre en ellos la celestial melodía de una bendicion. ¿Y no te parece que hay algo de repugnante y de impío en esa felicidad que olvida al infortunio? ¿Y no te parece que Dios debe negar la entrada en su reino al dichoso que no lleve sobre su cabeza la bendicion de algun triste? No pases de largo por la puerta del affido; entra, aunque sea una vez sola: si eres dichoso, para ser bendecido; si eres infeliz, para ser consolado.